

LA FERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 cts.

DOMINGO 27 DE JUNIO DE 1852.

Una platiquita sobre la vanidad.

Este artículo no debe ser muy largo ni estenderse á muchos objetos, sino limitarse á uno solo que nosotros miramos como el origen y manantial de todos los demas. Hablaremos, pues, de este maldito vicio de la *vanidad*, y trataremos de él, no como ascéticos y dogmáticos, que á la verdad no es nuestro suerte, sino como gente ociosa que se divierte en observar las flaquezas de los hombres.

La vanidad no es otra cosa que la *vaciedad* ó *vacuidad*; y así por principio general debe tenerse por enteramente vacío á todo hombre en quien notemos el vicio de la vanidad. También se puede trasladar esta idea de las personas y aplicarla á las cosas, llamando vanas á casi todas aquellas que están vacías.

No deben pues tenerse por sinónimas estas dos voces, por mas que en la mayor parte de los casos puedan usarse recíprocamente, ni porque sea idéntica la espresion latina con que se representa aquella idea. Una botella vacia siempre será

botella mientras no se haga pedazos; pero un hombre de quien se apodere la vanidad, al momento dejará de ser hombre y pasará á ser un majadero. Por eso son tantos, tan innumerables los majaderos que andan por el mundo pasando la plaza de hombres sin ser ni siquiera mugeres, y tantas y tan diversas las especies de vanidad que se apoderan de su masculino cerebro.

Fuera cosa muy prolija enumerar las diferentes clases de vanidad que se usan entre los hombres, siendo de advertir que no son las mas terribles y perjudiciales aquellas que se presentan mas á la vista y suelen dar en rostro aun á los ménos espertos, sino que hay otras muchas, las cuales se perciben únicamente por los que están acostumbrados á observar el rumbo de las pasiones, conforme le trazan el interés ó las miras ambiciosas de cada uno.

No siempre se presenta la vanidad cubierta con un rico manto de púrpura ó sentada en un magnífico coche tirado por soberbios caballos ricamente enjaezados, que á veces

también suele presentarse bien caracterizada entre sucios andrajos, ó con el disfraz de la modestia.

¿Ves aquel jóven distraído que usa siempre de anteojos, á pesar de la claridad de su vista, que se detiene á leer los rótulos en todas las librerías portátiles y que parece dominado de aquella pasión? ¿No le ves cómo está hojeando el libro mas viejo en la apariencia, ni oyes las exclamaciones que hace al ver la fecha de la impresion, y cómo va por las calles leyendo algun trozo cual si le faltára tiempo para devorar su lectura? Pues sábetese que su objeto no es otro que el de que reparen en él las gentes y le tengan por un ciego apasionado á la literatura.

¿No escuchas el lenguaje mas grosero que humilde de aquel que está en aquel corro maldiciendo del que pasó poco antes en el coche, cuál se desencadena contra la vanidad de los grandes, y cómo maldice de la afeminacion de las actuales costumbres? Pues quisiera que le hubieses oído anoche gloriarse de que concurría á la tertulia de uno de ellos, y cómo contaba por gran triunfo que le dispensaron del tratamiento.

¿Oíste á don Venancio ponderar su afición á la música, y el éstasis que le ocasionaba la melodía? ¿Viste cómo ensalzó hasta las nubes su sensibilidad y el delicado temple de su alma incapaz de resistir á los diferentes afectos que procura escitar una orquesta? ¿Reparaste cuál trató de insensible y estúpido á don

Leoncio, porque dijo que aunque la música le divertía un rato, le cansaba muy pronto, singularmente cuando no era muy variada ó la acompañaba la acción? Pues sábetese que en primer lugar es sordo como una tapia; en segundo que no comprende una nota de la música, y en tercero, que á cuantos conciertos le he visto concurrir en todos se ha quedado dormido, y solo se ha despertado al ruido de las palmadas.

¿Te acuerdas de aquel caballero á quien encontramos dias pasados viajando á pié, pudiendo venir en un asiento de coche cual correspondía á sus medios y á su decoro? ¿No paraste la atención al ver la prisa con que vinieron á noticiarnos los que estaban á su lado, que aquel era un señor de campanillas, cuya virtud no cabía en los estrechos límites de una berlina? Pues no tengas duda alguna de que por lo ménos tenía tanta parte en aquella viajata la originalidad y el deseo de llamar la atención, como la modestia.

¿No notas el empeño de aquel otro en no ponerse jamás ninguna de las insignias con que le condecoró la suerte y el favor del monarca, y la prisa con que va á desnudarse del uniforme, como si fuera algun traje vergonzoso é indigno de presentarse con él delante de las gentes? Pues te advierto que no procede de un espíritu democrático, como han querido suponer algunos, sino de otro nuevo género de

vanidad mas refinada, por lo mismo que es ménos ridícula. Tampoco pienses que nace de distinto principio esa afectada familiaridad con que verias á aquellos oficiales que estaban comiendo y bebiendo juntos con sus soldados en la hostería inmediata. No sé si habrás observado como yo, que por lo regular todos esos que se familiarizan demasiado con sus súbditos son ordinariamente los mas orgullosos y los ménos dispuestos á dispensarles un favor justo cuando lo necesitan. Mas esta vanidad se va haciendo tan comun, que solo podrán corregirla los desengaños que traerá luego la falta de disciplina en todos los ramos.

Pero vuelve la cabeza hácia este lado y dime por tu vida, si has visto jamas un pavo real mas bueco y envejecido que aquel de la levita verdadera que viene hablando en tono ministerial con aquellos tres pobres, los cuales al parecer aprueban todo cuanto va diciendo. Pues me alegrara que le hubieses conocido años pasados, para que pudieses formar idea de toda la ridiculidad de ese personage. Hubo un tiempo en que llevaba la voz y gozaba de voto preferente en varias tabernas de esta heroica capital; pero ha dado en la mania el desdichado de que es lo mismo tratar de vinos y de aguardientes, que de cámaras y gobiernos representativos, y cádate que se ha metido de hoz y de coz en la política como pudiera en la bodega de

un ricacho de Valdepeñas. Aquella disputa en que le ves tan acalorado no pienses que gira sobre la mayor ó menor cantidad de agua clara que admite el vino manchego ó catalan, sino sobre si los gefes políticos tienen ó no facultad para escluir de las elecciones á los borrachos de profesion. El sostiene que estos últimos son los únicos ciudadanos que dan una verdadera utilidad, y á fé que en eso no va del todo errado; pero se engaña miserablemente en creer que hace mejor figura politiquendo que atendiendo á su oficio.

Fuera cosa de no acabar nunca si se hubieran de ir recorriendo los cuadros que á cada paso se ven por esas calles, escitando la risa ó la compasion de los hombres de seso; pero ¿quién habrá de tener la paciencia de contarlos uno por uno, sin que resultase el inconveniente de que entrara en lista casi toda la capital? Dejemos, pues, á cada cual que siga el rumbo por donde le conduce su locura, y no nos opongamos á que Pedro se tenga por un Esculapio; Antonio por un Arquimedes; Diego por un Ciceron: aquel por un Cesar, el otro por un Graco, aquella por una Aspasia, don Atanasio por un Licurgo, y hasta la mas ruin cocinera por de mejor paladar que el mismo Apicio. Riámonos en buen hora de todo lo que nos escite la risa; pero no quitemos á los hombres una de las pocas satisfacciones que tienen en su mano, que es la facultad de hacerse ridículos.

Letrilla.

La moza gallega
Que está en la posada
Subiendo malotas
Y dando cebada,
Llorosa se sienta
Encima de un arca
Por ver à su huésped
Que tiene en el alma,
Mocito espigado
Con trenza de plata,
Que canta bonito
Y tañe guitarra.
Con lágrimas vivas
Que al suelo derrama,
Con tristes suspiros
Y quejas amargas,
Del rabioso pecho
Descubre las ansias:
*¡Malhaya quien fia
De gente que pasa!*

Pensé que estuviera
Dos meses de estancia,
Y que al cabo de ellos
Con él me llevara:
Pensé que el amor
Y fe que cantaba
Supiera rezado
Tenella y guardalla:
Pensé que eran firmes
Sus falsas palabras:
*¡Malhaya quien fia
De gente que pasa!*

Diérale mi cuerpo,
Mi cuerpo de grana,
Para que sobre él
La mano probára,
Y jugára á medias,

Perdiera ó ganára:
Hámelo rasgado
Y henchido de manchas,
Y de los corchetos
El macho le falta:
*¡Malhaya quien fia
De gente que pasa!*

Hámelo parado,
Que es vergüenza amarga:
*¡Ay Dios! si lo sabe
¿Qué dirá mi hermana?
Diráme que soy
Una perdularia,
Pues dí de mis prendas
La mas estimada,
Y él va tan alegre
Y mas que la pascua:
¡Malhaya quien fia
De gente que pasa!*

*¿Qué pudo hacer mas
Que darle polainas,
Poniendo en sus puntas
Encajo de Olanda,
Cocello su carne,
Hacello su salsa,
Enceder su vela
De noche sin llama,
Y por dallo gusto
Soplar y matalla?
¡Malhaya quien fia
De gente que pasa!*

Llévame contigo,
Servirte he de gracia,
Solo por no verme
Fuera de tu alma.

En esto ya el huésped
Las cuentas remata,
El pié en el estribo
Furioso cabalga,
Y ella que lo vido

Volver las espaldas,
Con mayores llantos
Que la vez pasada,
Dice, sin poder
Refrenar las ansias:
*¡Maldaya quien fia
De gente que pasal*

Vista del Líbano.

El Líbano, cuyo nombre debe estenderse á toda la cordillera del Kesraouán y del país de los drusos, presenta un espectáculo de montañas eminentes. A cada paso se encuentran allí escenas en que la naturaleza ostenta su hermosura, grandeza, extravagancia y variedad. Llegando por mar y desembarcando en la costa, la altura y pendiente de la muralla que parece circunda la tierra, junto con lo gigantesco de las masas que se alzan hasta las nubes, inspiran asombro y respeto.

Mas para gozar enteramente de la magestad de este espectáculo, es necesario colocarse en la cima misma del Líbano y del Samní. Desde allí por todas partes se descubre un horizonte sin límites, y en un dia claro la vista se pierde en el desierto que confina con el golfo Persico, y en el mar que baña á Europa; de modo que el alma parece domina al mundo. Los ojos errantes en la cordillera sucesiva conducen el espíritu en un momento á Antioquía y á Jerusalem, y dirigiéndolos á los objetos inmediatos, sondea la

eminencia que hay hasta la playa: en fin, la atención ocupada en diferentes escenas, observa circunstanciadamente las rocas, bosques, torrentes, cuevas, aldeas y ciudades. En seguida se siente un placer infinito al contemplar aquellos pequeños objetos que se han visto de cerca tan grandes, y se considera con entusiasmo el valle cubierto de nubes tempestuosas, deleitándonos al escuchar bajo nosotros el ruido del trueno que estábamos acostumbrados á oír retumbar sobre nuestras cabezas: es un delirio el ver á nuestros pies aquellas cimas, antes terribles, y ahora tan pequeñas que parecen surcos ó gradas de un anfiteatro; y cualquiera se lisongea al verse elevado á un punto que domina tantas cosas, y en que el orgullo las examina con júbilo.

TEATRO PRINCIPAL.

En menos de ocho dias ha presentado al público este teatro dos producciones nuevas de muy distinto género y de muy diverso mérito. Nos referimos á la comedia de Breton *La escuela del matrimonio*, y á la zarzuela *Don Quijote y Sancho Panza*, parto de un ingenio sevillano. Como todas las obras del gran poeta de nuestra época se halla divinamente versificada; agregado esto á los buenos conceptos de que está sembrada y al contraste de los caracteres bien pintados y perfectamente sostenidos, el éxito ha sido como

era de esperar, perdonando el público (se entiendo el público que piensa) los defectos de que adolece el argumento. Y que tiene un gran defecto no hay la menor duda, pues falta la unidad de acción, ó mejor dicho sobran acciones. Cada matrimonio de los cuatro da lugar á una distinta, tanto mas cuanto que el autor no ha ligado estos matrimonios con un nudo fuerte, como hubiera sucedido si los maridos estuviesen enamorados de las mujeres de los otros. Así puede decirse que son hermosos cuadros sueltos los que ha presentado el autor á los ojos de los espectadores, sin que formen una sola historia. La gran belleza de estos cuadros hace que el espectador se embelese contemplando cada uno de ellos: el interés queda así dividido; pero es tal el que cada uno ofrece, que el espectador perdona al poeta la falta de pensamiento que debe presidir en toda producción humana. Parece increíble que á un poeta tan distinguido como el señor Breton se escapen defectos de esta naturaleza. Por lo demas el señor Breton ha sacado gran partido de presentar dos matrimonios tan contrapuestos como el de un jóven con una vieja y el de un viejo con una jóven; ofreciendo una buena lección de los disgustos domésticos que acarrear casamientos tan desiguales.

Hemos notado que en esta última de sus producciones el poeta ha sido menos chistoso que en las otras, pero mas filosófico, sin hacer de ello pretensiones. No hemos encontrado esas sales y agudezas de que están plagadas casi todas sus comedias, pero en su lugar hemos hallado sentencias perfectamente dichas. El público quedó muy complacido de la producción y de la ejecución, pues concluida la comedia aplaudieron y llamaron á la escena á los actores.

Se nos figura que se presentaron en ella mayor número de los que lo merecian, pues los que desempeñaron bastante regularmente sus papeles fueron, en nuestro concepto, la señora Fenoquio, el señor Rodés y el señor Lozano, porque el señor Capo, que nos agrada en los papeles jocosos, no ejecuta bien los de jóven elegante y de alta sociedad, como era el que le estaba confiado, pues suele payasear un poco estos papeles, y exagerar demasiado los movimientos todos de su cuerpo, como la gesticulación.

Digamos ahora dos palabras acerca del esperpento literario, titulado *Don Quijote y Sancho Panza*, verdadera quijotada literaria. El autor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se propuso formar su obra, cortando un trozo del libro inmortal de Cervantes. No eligió lo mas dramático para que el acierto fuera mejor, y por eso echó mano del pasage en que amo y escudero crean, en la quinta del duque, volar en el caballo clavelleño. Por de pronto nadie conoce á Sancho ni á don Quijote en el lenguaje. El inganioso hidalgo á cada instante habla de vos en lugar de tu al presunto gobernador de la insula barataria.

Un diluvio de refranes, pésimamente aplicados, componen la manera de decir de Sancho Panza en esta sacrilega parodia y horrible profanación de la obra de Cervantes. La música corre parejas con la letra. Perteneció al género que un amigo nuestro llama oportunamente *música doméstica*. Sin que la risa asomase á los labios de los espectadores fué dejada escuchar la zarzuela por los mas descontentadizos. Al fin los silvidos unánimes del público cayeron como un aguacero sobre este aborto lirico-dramático.

Estrañamos que se hayan tomado la mo-

lestia de representárnoslo los actores, cuando ya en Sevilla habia sido acogido como se merece. Zarzuelas escelentes y aplaudidas en los teatros de la corte hay á docenas, entre ellas, sobre todas, la intitulada *Buenas noches señor don Simon*; pero como esta ha sido acogida con tanto aplauso en Madrid, no han creido los directores de escena que era justo tomarse la molestia de aprenderla, tanto mas cuanto que en esta podia creerse que el éxito seria dudoso.

Cosmorama del señor Calyó.

A las preciosas vistas que en la semana pasada ofrecia este cosmorama, hánse sustituido otras no ménos notables, así por el asunto que representan, como por la perfeccion y valentia en la pintura.

Todas son á cual mas bellas, y todas embelesan al espectador, que se olvida en algunos momentos que contempla un cuadro, y se figura que ve real y verdaderamente los lugares y los objetos que ha pintado el artista. Si es posible entre tan bellos cuadros dar á alguno la preferencia, la merece en nuestra humilde opinion el que representa las Cataratas del Niágara. En este gran cuadro el pintor se ha elevado á la altura del gran paisaje que la naturaleza ofrece en el pais mas dilatado del nuevo mundo. Unicamente un

gran cuadro podia dar una idea exacta de este, reputado por uno de los maravillosos fenómenos del mundo conocido. Y no hay la menor duda que el espectador forma una idea cabal de esta Catarata con la vista que la representa.

Allí se descubre claramente á la estremidad izquierda la escala que conduce á las casas situadas en la orilla por donde á torrentes se precipita una masa inmensa de aguas. Aquí se percibe la tierra que forma una dilatada isla, límite que la naturaleza ha señalado á los Estados Unidos por la parte de la América inglesa.

A la derecha de una de aquellas cascadas se divisa una inmensa roca, formando una enorme saliente; de la cual una gran parte se habia desplomado el año de 1850.

Para dar mas realce á este magnífico cuadro, el artista ha pintado en primer término varios indios de los que suelen ir á vender baratijas á los transeuntes. Y ademas en el rio Niágara, formado por la misma Catarata, ha pintado un vapor que conduce á los curiosos de la una á la opuesta orilla.

Es tal la propiedad de este cuadro, la buena y valiente entonacion en el colorido, que produce en el espectador una ilusion completa.

Recomendamos á los concurrentes esta preciosa vista, aunque tal vez sea inútil, porque hay cosas que ellas se recomiendan por sí, tan al alcance de toda clase de per-

sonas se halla su indisputable mérito.

Miscelánea.

Señales de larga vida.—En cuanto á la constitucion física y moral del hombre que ha de vivir mucho, los signos que la esperiencia ha recogido son los siguientes:—Mediano talle y bien proporcionado: colores no muy vivos: cabello castaño: cabeza mas bien grande que pequeña: venas fuertes: espaldas redondas: pecho ancho: voz varonil: sistema nervioso esquisitamente sensible: pulso lento é igual: estómago fuerte: buen apetito: aficionado á mesa delicada, sin entregarse demasiado al placer de los manjares: amigo de comer despacio: sin tener sed sino alguna rara ocasion, pues una sed ardiente es seña de una consumcion rápida: frente serena: ojos vivos: boca risueña: corazon accesible á la amistad, á la esperanza y á la alegría; pero inaccesible al odio, á la cólera y á la envidia: amante del trabajo y enemigo del ocio: entregado a meditaciones agradables y á ilusiones placenteras: optimista en toda la fuerza de la expresion:

religioso, pio, nada supersticioso, amigo de la felicidad doméstica: sin ambicion, avaricia, ni inquietud.— Un hombre asi constituido podrá vivir 110 á 140 años.

Remedio para el mal de rabia.
—Poner vegigatorios en la mordedura: tomar píldoras compuestas con seis granos de polvos de cantáridas, doce granos de canela y cuarenta y dos granos de azúcar blanca, todo ello reducido á polvo fino para formar treinta píldoras con un poco de conserva de rosas. Tomar baños tibios todas las noches de la primera semana, y cada dos noches de las otras dos semanas, y alimentarse solamente con frutas cocidas maduras.
—Este remedio se dice ha producido muy buenos efectos en Viena de Austria. Los facultativos juzgarán de su utilidad por la esperiencia.



GADIZ: 1852.